

DE CASTAÑO al MUSEO DEL PRADO

Antonio Sainz Echeverría



Aunque Buenavista, en Salamanca, le vio nacer, llegó a Rentería en brazos de su madre cuando contaba quince días desde su venida al mundo en aquel pueblecito charro. Era un 10 de febrero de 1912, cuando Jesús Martín y Benito habitaba ya en aquella entonces casi única casa-caserío que dio nombre al populoso barrio renteriano de hoy. Gastadinero, Gaztañedo y Gaztaño son nombres que, según viejos papeles de nuestro Archivo Municipal, fueron topónimos que, tras sucesivas alteraciones, ha llegado a nosotros convertido en Castaño. La casa-caserío conserva actualmente, con derecho propio, el número 1 del barrio.

En aquella casa de Castaño, casi pegada a los talleres del "Topo" por la parte de abajo, y casi rozada por el ferrocarril minero de Arditurri por la de arriba, conocí a Jesús Martín. Para aquel tropel de críos que la maestra doña Rosa Esnaola trataba de desasnar en su escuela de la cuesta del "Topo", Jesús era "el pintor de Castaño". Los paisajes cercanos a su casa fueron, seguramente, los primeros en ser captados por la paleta del pintor. Allí lo veíamos con frecuencia con sus pinceles, su paleta y su caballete. Y allí, junto a las vías del ferrocarril minero –tan próximo que más de una vez tuvimos que retirarnos al paso de la máquina y vagonetas del trenico de Arditurri– posé para él durante varias sesiones. Fui, quizás, el primer modelo de Jesús Martín. Aquel cuadro lo tituló "Retrato de niño", y fue expuesto, junto a otras cincuenta y nueve obras, en la primera exposición que Jesús montó en Rentería y que sería la primera individual de su vida artística. Fueron expuestas las sesenta obras en el batzoki contiguo a la escuela de doña Rosa, y pudieron ser contempladas por el público del 1 al 8 de enero de 1933. El modelo se recuerda en el cuadro vestido con un jersey negro –luto riguroso por fallecimiento de su padre– y apuntando con su tiragomas, con las

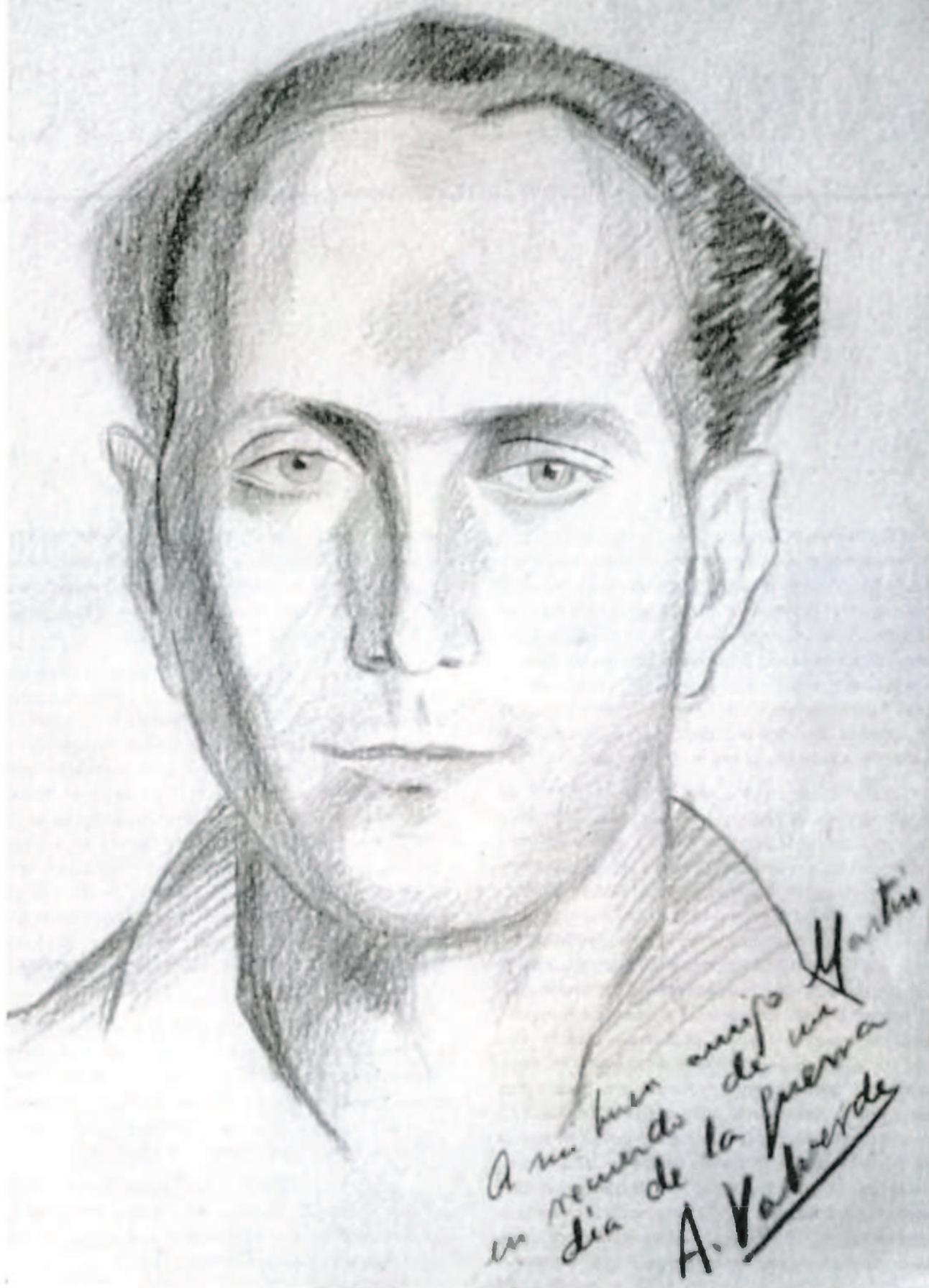
gomas bien tensas, a un imaginario pájaro. Detrás como fondo, un corpulento castaño y quizás –no lo recuerdo bien– un trozo de las vías del ferrocarril minero cuyo recorrido nacía al pie de la Peña de Aya y finalizaba en el puerto de Pasajes, pero sin salir de la jurisdicción de Rentería.

Tenía yo entonces nueve años y el hecho de verme retratado y colgado en una exposición de pintura y en edificio tocante a la escuela donde muchas veces sacábamos de sus casillas a nuestra maestra doña Rosa, hizo que me sintiera infantilmente importante entre mis sorprendidos condiscípulos, mientras les detallaba mi protagonismo como modelo. Mis poses tenían siempre su correspondiente premio: después de cada sesión, Jesús, con su trato siempre amable y cariñoso, me hacía entrar en su casa y me obsequiaba con limonada mientras me enseñaba sus pinturas colgadas que llenaban las paredes de más de una habitación. Siempre creí que mis explicaciones sobre el sabor y lo fresquito de la limonada era lo que más envidiaban mis amigos. Son recuerdos gratísimos que guardo de mi infancia y del recordado Jesús Martín.

Pero dejando de lado mis vivencias personales referentes a Jesús, voy a tratar de traer al conocimiento –o al recuerdo– de mis paisanos la figura de un artista que alcanzó cimas importantes en el mundo de la pintura, y, sobre todo, en una faceta especializada: la de restaurador de uno de los museos más importantes del mundo. Nada más, y nada menos, que el del Prado.

Retrocedo en el tiempo, y sigo un cierto orden cronológico para dar a conocer al hombre y, sobre todo, al artista que llevado por una vocación irrefrenable, desde muy abajo, con tesón y trabajo constantes, llegó a altas metas.

Jesús Martín retratado al carbón por Antonio Valverde.



La partida de bautismo de aquel niño nacido en Buenavista dice, textualmente, así:

“En el pueblo de Buenavista, Diócesis y Provincia de Salamanca, a treinta de Enero de mil novecientos doce, yo D. Miguel Campo Tejedor, Cura párroco de la de Sta. María la Mayor de referido Buenavista, bauticé en ella solemnemente a un niño que según declaración de sus padres, había nacido el día veintiséis de referidos mes y año, a las dos de la mañana y a quien puse los nombres de Jesús Eustaquio, hijo legítimo de Angel Martín, natural de Pocilgas, hoy Buenavista, y de Teresa Benito, natural de Fresno Alhándiga, y feligreses de esta parroquia de Buenavista. Abuelos paternos: Eustaquio Martín, ya difunto, y natural que fue de Pocilgas, y Agueda González, también difunta, y natural que fue de Navales. Maternos: Manuel Benito, natural de Las Torres, y Serafina Martín, natural de Membribe, ambos difuntos. Fue su madrina Agueda Martín Benito, hermana del bautizado, soltera, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones que contrajo, siendo testigos Rafaela Castañeda, consorte de José María Sánchez, y Francisca Gallego, consorte de Eduardo Maide, y todos feligreses de esta parroquia. Y para que conste autorizo la presente fecha ut supra. Miguel Campo Tejedor (firmado)”¹.

Al matrimonio Martín-Benito le habían nacido, antes de Jesús, siete hijos: Serafín, Agueda, Bernardo, Enrique, Leonardo, Adoración y José. El hizo el octavo, y los dos últimos, Abel y Marcelino, nacidos en Rentería, completaron el redondo y casi astronómico número de diez. A su padre, Angel, le recuerdo subiendo y bajando con una carretilla la cuesta del “Topo”, con su boina en forma de tejadillo a dos aguas, y la carretilla, en las subidas, siempre llena de no sé qué clase de desperdicios, pero destinados seguramente a la cría de cerdos, conejos y gallinas. El mercado de entonces, en la Plaza de los Fueros, era el suministrador de cuanto él acarrea hacia Castaño. A su madre, Teresa, invariablemente vestida de negro y afanada en los trabajos que originaba su numerosa prole, le adornaba de continuo un gesto sonriente y un trato cariñoso para con los que nos llegábamos a su casa. Conocí a algunos hermanos de Jesús y, sobre todo, a Abel, con quien mantuve relación durante muchos años por razones laborales.

Este fue, a grandes rasgos, el entorno familiar de nuestro personaje, de donde salió para alguna escuela de Rentería de primeras letras. Ignoro cuál fue. Si sabemos, por otra parte, y que es la que más nos interesa, que Vicente Cobreros Uranga –otro artista renteriano nacido circunstancialmente en Tolosa– fue su primer maestro en dibujo y pintura².

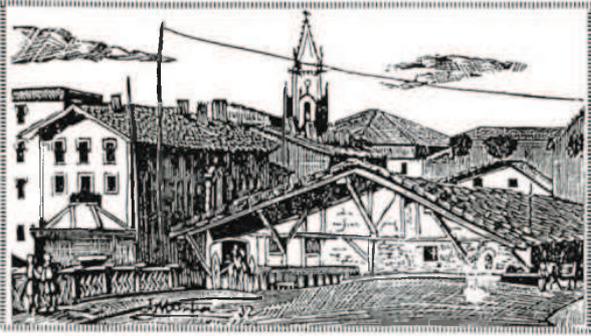
En junio de 1927 –con quince años– Jesús trabaja como ayudante de contable en la desaparecida fábrica renteriana “Perfumerías Finas”, de la casa Houbigant, de París. Muchos ren-

terianos recordamos aquella fábrica, que estuvo situada en el lugar que posteriormente ocupó otra industria desaparecida –“Paiza”– y actualmente es la Plaza de la Música. Desempeñó su trabajo de contable desde junio de 1927 hasta septiembre de 1930. El se siente atraído, fuertemente vocacionado, por la pintura, y después de vencer la resistencia de su padre –su madre le apoyaba– y también la del patrono de la fábrica, que le ofrecía doblarle el sueldo si se quedaba, marcha a París.

No resulta difícil imaginar las dificultades por las que, con toda seguridad, pasó. La vida bohemia podrá tener sus encantos, pero también su aspereza de lucha dura y espinosa. Jesús volvía, durante tres meses, cada año a casa. Se da a conocer en una exposición de noveles que se celebraba anualmente en San Sebastián y gana premios en 1932 y 1934. Durante sus estancias veraniegas entre nosotros, no perdía el tiempo. Pintaba y pintaba paisajes que luego vendía en París. Esas ventas le proporcionaban medios para su mantenimiento y estancia en la capital de Francia. Por los años 1929/30 solicitó al Ayuntamiento de Rentería recursos para estudiar pintura³ y debió recibir alguna pequeña subvención. Más tarde, cuando ya viajaba a París, volvió a solicitar alguna otra ayuda y parece ser que no se le concedió.

En el año 1933, como he señalado más arriba, realiza su primera exposición individual y precisamente en Rentería –aquella con la que yo tanto presumí entre mis amigos– con un total de

Exposición Jesús Martín



Oleos y Grabados

Del 1 al 8 de Enero de 1933

en el Salón del Batzoki de Rentería

1.- Libro 1 de Bautizados, folio 94 (Iglesia Parroquial de Buenavista - Salamanca).

2.- "Martín Benito, un guipuzcoano que ha conquistado Madrid", de Jesús Revuelta. ("La Voz de España", de San Sebastián, 8-9-1951).

3.- Archivo Municipal de Rentería. (Registro de Actas de la comisión permanente. Año 1932. Sesión del 2/12/1929).



"Ermita de Santa Clara", de Jesús Martín, obra fechada en 1931.

sesenta obras. A esta primera exposición, le siguieron otras muchas compartidas: 1933, en el Gran Casino de San Sebastián y en la Escuela San Eloy, en Salamanca; 1934, en San Telmo, de San Sebastián; 1935, Artistas Noveles, en San Sebastián; 1945, Primer Salón Nacional de la Acuarela, de Madrid; 1946, Primer Salón de la Acuarela, de Vitoria; 1948, Salón Estampas Madrileñas, en Madrid; 1948 y 1950, Exposiciones anuales de Acuarela; 1952, Exposición Nacional de Bellas Artes, de Madrid, y, en 1965, Exposición póstuma en las Salas Municipales de Arte, de San Sebastián. En varias de estas exposiciones, obtuvo diversos premios.

Después de la guerra de 1936, en la que es movilizado y toma parte en el frente de Somosierra, frente de Madrid (Jarama), Brunete, Teruel y Valencia, desea volver a París, pero no le conceden –se desconoce el motivo– el necesario pasaporte. En 1940 se va a Madrid y allí se afincó, con frecuentes visitas a Rentería. No podían faltar las visitas al pueblo, pues aquí residía su novia, con la que se casa, el 8 de agosto de 1942, en el Santo Cristo de Lezo. Su esposa fue una renteriana: Modesta Lecuona, a quien sus amigos y conocidos siempre la nombramos Modestita, con una sempiterna sonrisa en su semblante y una desbordante simpatía. Era hija de Ignacio Lecuona, "el droguero", dueño de una magnífica droguería en la Alameda de Gamón y una granja-vaquería en "Masti". Aquí, en "Masti", nació Javier, primer hijo de Jesús y Modestita. Posteriormente, en Madrid, les nacerían dos niñas, Rosa y Eurne. La feliz familia se trasladaba en vacaciones veraniegas a Rentería, San Sebastián, Bera –donde residía una hermana de Modestita– Pasajes y Odériz, en Navarra.

Tampoco fueron muy fáciles sus primeros años de vida en Madrid. Fueron años de duro batallar por los complicados caminos del arte, en una gran ciudad en la que resulta trabajoso y difícil el abrirse paso. Pero Jesús va dándose a conocer en exposiciones, se relaciona con artistas, se hace socio de la Asociación de Pintores y Escultores de Madrid y de la Agrupación Española de Acuarelistas. También se inscribe como socio en el Círculo de Bellas Artes. En 1949 se ofrece a restaurar algunos de los impor-

tantes cuadros que tiene en sus salones esta institución, siendo nombrado su conservador y declarado Socio de Mérito en 1950.

Por esa época, el nombre de Jesús Martín suena en Madrid en lugares destacados, porque nuestro pintor, en 1944, había alcanzado ya una importante meta en su carrera artística: había ganado la oposición que daba acceso a ser restaurador del Museo del Prado. Pero con ser todo esto mucho, Jesús no cesa en su afán de aprender y de sumirse en el mundo de la pintura y en sus distintas especialidades. Desde 1959 asiste a la Escuela de Artes Gráficas para mejorar las técnicas de grabado al aguafuerte, así como a un curso de pintura al fresco en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. En todos estos sitios, daba su personalidad y su situación, hace buenos amigos entre los profesores. Desde 1956 es miembro del "International Institute for the Conservation of Museum Objects" con sede en la "National Gallery" de Londres. Con anterioridad, en 1955, estuvo en la "National Gallery" visitando su taller de restauración para conocer las últimas técnicas que allí utilizaban. También visitó, en Roma, el "Instituto del Restauo" y, en París, el taller de restauración del Louvre, en ambos casos aprovechando unas becas concedidas por el Ministerio de Educación Nacional. Con todas estas actividades internacionales amplió sus amistades en el campo profesional de la restauración, además de las que ya conservaba con el mundo artístico de París.

Jesús Martín sentía una gran admiración por Velázquez y por todos los grandes maestros de la pintura. Y con el sevillano genial –genio entre los genios–, con su Velázquez, se iba a encontrar, en 1947, muy directamente y gracias a su fino "olfato" y conocimientos artísticos. En ese año de 1947, en un mercadillo de Toledo, compra por quince pesetas, un trozo de lienzo deteriorado, al parecer pintado en el siglo XVII. *"En 1949, procedentes del Museo del Greco, de Toledo, llegaron dos pequeños cuadros a la pinacoteca madrileña, que aparentemente, no tenían relación entre sí. Sin embargo, el trozo de tela que Jesús Martín Benito había adquirido tiempo atrás, sorprendido por su magnífica factura, dio motivo a la identificación de los tres cuadritos como fragmentos de un cuadro de Velázquez. Comprobada, sin lugar a*

dudas, la autenticidad de la obra descubierta por Jesús Martín, éste hizo donación generosa de ella al Museo del Prado"⁴.

Este hallazgo de Jesús Martín y su donación al Museo del Prado, tuvo una gran publicidad y periódicos de distintos países se hicieron eco del suceso. Como muestra de ello, entresaco lo más interesante de la traducción de un artículo publicado en la revista "Time", de Nueva York: *"Un día en el "rastros" de Toledo (mercado al aire libre) tropezó con un raro hallazgo: un lienzo de cinco por diez pulgadas de una antigua pintura que parecía una auténtica muestra del siglo XVII. Jesús lo compró por 15 pesetas (1,35 dólares). (¡Qué cambio, digo yo hoy!). Aquella noche Jesús limpió la gran cantidad de suciedad que lo cubría y la figura de un caballero del siglo XVII gradualmente emergía, y detrás de él el fondo de unos escalones de mármol. Completamente limpio, tenía toda la profundidad de un Velázquez. Jesús casi no creía lo que le mostraron sus ojos, pero cuando el Museo de Toledo envió dos auténticos fragmentos de Velázquez al Museo del Prado para su restauración, Jesús, jubiloso, se dio cuenta de su hallazgo. Los tres fragmentos hacían juego perfectamente. Aparentemente eran tres partes de un antiguo Velázquez que algún comerciante había cortado para venderlo a trozos hacía largo tiempo. La pasada semana, el Marqués de Lozoya, Director de Arte de Madrid, pidió a Jesús que tasase el precio del fragmento. "Nada" -fue la contestación. "Vino a mí por casualidad y el descubrir un Velázquez y llamarlo mío, aunque sólo sea por poco tiempo, es bastante". Sin embargo Lozoya le concedió una recompensa de 20.000 pesetas (1.800 dólares) (¡sigue el mismo cambio!) proponiéndole para una condecoración. Pero Jesús está de nuevo recorriendo tiendas. "Si alguien halla más fragmentos, declaró él, me gustaría que fuese yo. Tengo gran admiración por Velázquez"*⁵.

La condecoración se la concedieron en ese mismo año de 1950. Fue distinguido por el Gobierno español con la Cruz de Alfonso X el Sabio. Aunque sí la más importante, no fue la única vez que Jesús fue distinguido por su artística y eficaz labor. En 1954 limpia y restaura, desinteresadamente, tres tablas del retrato de la iglesia de Buenavista (Salamanca), descubriendo que se trata de tres valiosas obras del siglo XVI. Por este gesto, recibe el título de hijo predilecto de aquella localidad. Merecen ser destacados también, entre otros, sus trabajos de restauración de los frescos de Lucas Jordán, del Casón del Buen Retiro, de Madrid, y la restauración de los frescos del Ayuntamiento de la capital de España.

Jesús se definía como pintor, pero de profesión restaurador. En papeles que dejó escritos, él insistió en que *"para restaurar un cuadro, hay que conocer primero al artista y luego desprenderse de las intuiciones personales para ser fieles a lo que el artista había hecho, respetando siempre la obra del autor y nunca suplantándola"*⁶. Esa forma de pensar y de actuar, le llevó a estudiar a fondo a los grandes maestros de nuestra primera pinacoteca, cuyos cuadros tuvo que restaurar durante casi veinte años.

¿Qué opinaron de nuestro pintor los críticos de la época? ¿Cómo era nuestro artista como tal? Para mí, un gran pintor. Pero mi opinión poco vale. Por tanto, vamos a recurrir a los expertos y a cuanto dejaron escrito:

*"Jesús Martín Benito fue ante todo paisajista, al que la luz subyugaba. La luz, para él, fue la determinante específica de la peculiaridad de cada paisaje. Por eso los paisajes vascos de Jesús Martín Benito tienen una luz tan genuinamente propia y, por ende, tan distinta al de los castellanos o navarros que pintó"*⁷.

*"Era restaurador del Museo del Prado, y era pintor de obra propia: paisajista muy bueno, catador de las esencias pictóricas de los distintos paisajes de España. Pintaba sin prejuicios, saturándose su mente de la verdad estética del paisaje que era sujeto de su obra. Podía decirse que él ascendía a la fama por las escaleras, sin pretender hacerlo por el ascensor. Táctica ésta que es el lema de la portada de una universidad americana"*⁸.

*"La impresión general que de ella se saca es la de la maestría absoluta del autor, la de su pleno dominio de la técnica y aún mejor diríamos de las técnicas y la de un exquisito gusto para seleccionar los temas. Esa cabeza "Eduerne" que parece salida del pincel de Goya, esa figura de "Begonias" impecable, esos "Prados de Odériz" o esa "Ermita Salvatore" que parecen hechos para ser reproducidos mecánicamente, acreditan el oficio de Jesús Martín"*⁹.

*"Era incansable en los afanes de la pintura y dominaba casi todas sus facetas: óleo, acuarela, aguafuerte, frescos. A los 48 años de edad practicó un curso de "pintura mural" en la Escuela Central de Bellas Artes de San Fernando, al tiempo que solía concurrir también a la Escuela Central de Artes Gráficas a practicar el grabado, con una naturalidad y sencillez tan pocos comunes que causa el asombro en un hombre de la madurez y la formación de Jesús. Aquí está una pequeña parte de su obra, dedicada casi totalmente a esta tierra de verdes, azules y grises que tanto amó nuestro admirado artista e inolvidable amigo"*¹⁰.

En su vida familiar y afectiva, Jesús era un ser profundamente vitalista, luchador y optimista. Enseñó a los suyos a disfrutar de la vida, pero sin grandes cosas, sencillamente valorando lo positivo del día a día. Siempre encontraba algún motivo para organizar una celebración o fiesta, para invitar a amigos o familiares, a costa de sobrecargar el trabajo de su esposa Modesta, quien, dado el carácter alegre y jovial que siempre le acompañaba, también disfrutaba con las iniciativas de su marido. Supo formar y rodearse de una familia feliz, por la que no le importó sacrificarse en cuanto hiciera falta. Envío a sus hijos a estudiar a buenos centros en el extranjero cuando, entonces, esto no era demasiado normal y viviendo siempre en un ambiente de responsabilidad, de confianza y de cariño. Las vacaciones veraniegas siempre las disfrutó la familia al completo, por distintos lugares, con el obligado acompañamiento, naturalmente, de los tubos de pintura, la pale-

4.- "La Voz de España", de San Sebastián. (Crónica de Jesús Revuelta, 8-2-1951).

5.- "Hallado en mercado al aire libre". (Revista "Time", de Nueva York, 6-3-1950 - traducción).

6.- Testimonio de Eduerne Martín Lecuona.

7.- "Unidad", de San Sebastián, 31-12-1963. (J. Arramele).

8.- "Unidad", de San Sebastián, 7-1-1964. (Ramuntxo).

9.- Prensa de San Sebastián, septiembre 1965. (Catón).

10.- Programa de la exposición póstuma - 45 obras - en las Salas Municipales de Arte, de San Sebastián, año 1965. (J.B.).



Rincón renteriano de Jesús Martín

ta y el caballete. Y es que sin ellos, ¿habría disfrutado Jesús –a pesar del cariño con que le rodeaba su familia– de unas vacaciones plenamente felices?

En mi recuerdo personal, queda mi último encuentro con Jesús. Fue en uno de esos veranos vacacionales. Me lo encontré al borde de la carretera que va de Lezo a Pasajes de San Juan pintando un paisaje con los desaparecidos talleres de Acha abajo, con aquellos enormes troncos de madera guineana –creo recordar el nombre de “okume”– en continuo remojo en aguas de la bahía, hoy muelles invadidos por montañas de chatarra, y el pueblo de Lezo al fondo. Charlamos durante un buen rato. Hablamos de Rentería y sus gentes –Jesús siempre se sintió renteriano–, me dio una somera lección de pintura sobre lo que estaba haciendo, y encontré y despedí –¡quién me lo iba a decir entonces!– por última vez al amigo artista.

Al poco tiempo de nuestro encuentro, se nos fue. Falleció el 16 de diciembre de 1963, en Madrid, a las once de la noche, estando toda la familia reunida cenando en casa. Un infarto de miocardio, inesperado y traidor, terminó con su vida y dejó rota una ejemplar familia.

Otro renteriano, y también pintor, dijo de él: *“El artista nos dejó cuando más se podía esperar de su consciente e ilusionado esfuerzo. Por eso puede decirse de él lo que se ha dicho de algunos elegidos: Ars longa, vita brevis”*¹¹.

Nos queda el grato recuerdo del artista y del hombre. Pero, la mayor parte de las veces, nos quedamos solamente con eso. ¿No habrá alguna otra forma de perpetuar en el recuerdo a los artistas en el pueblo que les vio nacer como tales? (Que yo sepa, existen actualmente dos calles de nuestro pueblo con nombres de pintores –a quienes no tratamos de quitarles ningún mérito– pero, ¡casualidad!, ninguno de los dos fue, ni de nacimiento, ni de residencia, ni de sentimiento, renteriano).

Hace no mucho tiempo –en “OARSO” de 1993– al final de un trabajo sobre Darío de Regoyos –muy vinculado a Rentería– sugería la posibilidad de dar a un paseo el nombre del citado pintor, y en el paraje en el que realizó una de sus más importantes obras. No ha sido tenida en cuenta, por el momento, mi sugerencia. Pero creo, y conmigo posiblemente muchos renterianos, que Darío de Regoyos –nuestro mejor impresionista–, Vicente Cobreros –pintor y maestro de maestros–, Antonio Valverde –laureado pintor y exquisito acuarelista–, y Jesús Martín, cuyo recuerdo he tratado de revivir en este trabajo, bien se merecen que Rentería tenga un recuerdo para ellos.

A muchas de nuestras calles les pusieron nombres de hombres de letras, de conquistadores, de marinos, de músicos, de montes, de ríos... ¿Cuándo les llegará el momento a nuestros pintores? ¿Quizás en el posible futuro barrio de Fandería? El Ayuntamiento de nuestro pueblo tiene la palabra.

11. - Radio San Sebastián. Emisión radiofónica del 10-9-1965. (Vicente Cobreros Uranga).